

“Existencia histórica de un saber filosófico entre los nahuas”

p. 89-118

Miguel León-Portilla

*Obras de Miguel León-Portilla.*

*Tomo XII. La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*

Ángel María de Garibay K. (prólogo)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas/El Colegio Nacional

2018

504 p.

Figuras

ISBN 968-36-9538-8 (obra completa)

ISBN 978-607-30-0714-6 (tomo XII, pasta dura)

Universidad Nacional Autónoma de México

ISBN 978-607-724-301-4 (tomo XII, pasta dura)

El Colegio Nacional

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de junio de 2020

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras\\_leon\\_portilla/339.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/obras_leon_portilla/339.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



## I. EXISTENCIA HISTÓRICA DE UN SABER FILOSÓFICO ENTRE LOS NAHUAS

La cosmovisión religiosa de los nahuas de principios del siglo xvi nos es hoy conocida gracias a investigadores como Eduard Seler, Alfonso Caso, Jacques Soustelle, Ángel María Garibay K., Justino Fernández, Eduardo Matos Moctezuma, Alfredo López Austin y Leonardo López Luján, que han logrado reconstruirla sobre la base de las fuentes directas y desde diversos puntos de vista. Particularmente Alfonso Caso ha mostrado cuál era la estructuración interna de esa visión del mundo, en la que los diversos mitos cósmicos y las creencias sobre un más allá giraban alrededor del gran mito solar, que hacía específicamente de la nación mexicana “el pueblo del Sol”.

Mas, no obstante el afán de unidad y los penetrantes atisbos presentes en la compleja cosmovisión náhuatl, hay que reconocer que, si el pensamiento de sus sabios no hubiera llegado más lejos, entonces una cierta forma de filosofía no habría aparecido entre ellos. Porque, aun cuando los mitos y creencias son la primera respuesta implícita al misterio latente del universo, en realidad filosofar es algo más que ver el mundo a través de los mitos.

Dar una definición de filosofía que sea aceptada por las varias escuelas es muy difícil. Sin embargo, es probable que todos podrían admitir que, para filosofar en sentido estricto, se requiere la percepción explícita de problemas en el ser de las cosas. Es menester admirarse y dudar de las soluciones ya hechas —fruto de la tradición o la costumbre— para poder preguntarse racionalmente sobre el origen, ser y destino del universo y del hombre. Son filósofos quienes experimentan la necesidad de explicarse el acontecer de las cosas, o se preguntan formalmente cuál es su sentido y valor, o, yendo aún más lejos, inquietan sobre la *verdad* de la vida, el existir después de la muerte, o la posibilidad misma de conocer todo ese *trasmundo* —más allá de lo físico— donde los mitos y las creencias habían situado sus respuestas. Inquietarse y afanarse por esto es filosofar en sentido estricto.

Ahora bien, ¿tenemos pruebas ciertas de que tal inquietud y afán hayan aparecido entre los nahuas? ¿Hubo entre ellos quienes empe-



zaran a dudar de los mitos, tratando de racionalizarlos, hasta llegar a plantearse en forma abstracta y universal cuestiones referidas a la posibilidad de “decir palabras verdaderas en la tierra”, inquirir acerca de la divinidad y el más allá, así como el destino de los seres humanos?

Con base en la evidencia de los documentos nahuas examinados al tratar de las fuentes, nuestra respuesta es decididamente afirmativa. Los textos originales, libres de toda interpretación que pudiera falsear o desviar fantásticamente su sentido, irán apareciendo a lo largo de este estudio, hablando por sí mismos. Confesamos, desde luego, que la versión castellana que de dichos textos daremos, no obstante ser escrupulosamente fiel, difícilmente alcanzará a mostrar la concisión y lo matizado de la lengua náhuatl. Por esto, en un apéndice se ofrecerán también los textos en su lengua original, así como un “vocabulario filosófico náhuatl” en el que se analizarán varias palabras compuestas, de las que únicamente se hallan sus elementos en los diccionarios clásicos, pero no filosóficos, de Molina y Rémi Siméon. Y es que el náhuatl, así como el griego y el alemán, son lenguas que no oponen resistencia a la formación de largos compuestos a base de la incorporación de varios radicales, de prefijos, sufijos e infijos, para expresar así una compleja relación conceptual con una sola palabra, que llega a ser con frecuencia verdadero prodigio de “ingeniería lingüística”.<sup>1</sup> Es pues en este sentido el idioma náhuatl un adecuado instrumento para la expresión del pensamiento filosófico que, como veremos, se refleja a veces aun en la misma estructura interna de los términos.

## DESCUBRIMIENTO DE LOS PROBLEMAS

Las dudas e inquietudes que agitaron al pensamiento náhuatl y que a continuación presentamos traducidas, tomando en cuenta lo anteriormente dicho, se conservan bajo la forma de lo que hoy llamaríamos “pequeños poemas”. Al lado de cantares religiosos, poemas épicos, eróticos y de circunstancia, nos encontramos en la rica colección de *Cantares mexicanos*, de la Biblioteca Nacional de México, esos pequeños trozos en los que aparecen en toda su fuerza —hasta diríamos que lírica y dramáticamente a la vez— las más apremiantes preguntas de

<sup>1</sup> Sobre la filosofía implicada en el idioma náhuatl, véase el interesante trabajo del doctor Agustín de la Rosa: *Estudio de la filosofía y riqueza de la lengua mexicana*, Guadalajara, 1889. La parte más interesante del estudio del doctor De la Rosa fue reimpressa en un suplemento de la revista *Et Caetera*, Guadalajara, Jalisco, n. 1, marzo de 1950, p. 1-15.

la filosofía de todos los tiempos. Ya hemos tratado, al presentar nuestras fuentes, de la autenticidad y antigüedad prehispánica de no pocos *cantares*. Sólo precisaremos ahora —siguiendo en esto a Garibay— que dichos textos proceden del periodo comprendido entre 1430 y 1519. Lo cual no quiere decir que se excluyan influencias mucho más antiguas, así como ideas y tradiciones toltecas y de otros orígenes. Se señalan únicamente esas fechas como puntos ciertos de referencia cronológica.<sup>2</sup> No afirmamos tampoco que todos los textos aducidos sean obra de un mismo autor. Lo que sí sostenemos es que contienen auténticos problemas descubiertos por el pensamiento náhuatl antes de la Conquista. Así, el primero que vamos a presentar puede describirse como una serie de preguntas sobre el valor de lo que existe, en relación con el afán humano de encontrar satisfacción en las cosas que están sobre la tierra:

¿Qué era lo que acaso recordabas?  
¿Dónde andaba tu corazón?  
Por esto das tu corazón a cada cosa;

sin rumbo lo llevas: vas destruyendo tu corazón.  
Sobre la tierra, ¿acaso puedes ir en pos de algo?<sup>3</sup>

Un breve comentario de tres conceptos fundamentales expresados en este pequeño poema nos revelará, desde luego, la hondura de pensamiento de la que estamos llamando *problemática* náhuatl.

El primero aparece en las dos líneas iniciales. Se pregunta en ellas qué es lo que memoria y corazón pueden encontrar de verdaderamente valioso. Dice el texto: ¿qué era lo que tu mente y corazón hallaban? *Tu corazón: moyollo*. Como lo veremos más detenidamente, el complejo idiomático náhuatl *mix, moyollo* (tu rostro, tu corazón) significa “tu persona, tu propio ser”. Apareciendo aquí tan sólo la segunda parte de dicho modismo, obviamente se está aludiendo a la persona en su sentido dinámico, en cuanto busca y desea. Como comprobación de esto puede

<sup>2</sup> Las razones históricas que presenta Garibay para adoptar esas fechas pueden verse en su *Historia de la literatura náhuatl*, t. 1, p. 22-24.

<sup>3</sup> Ms. *Cantares mexicanos*. Original en la Biblioteca Nacional de México. Edición fotográfica de Antonio Peñafiel, México, 1904, f. 2v.

En el *Apéndice 1* a este trabajo se ofrecerán todos los textos citados en su original náhuatl. Para facilitar su localización, añadiremos en cada caso a la respectiva cita la sigla AP 1 (apéndice 1), seguida del número asignado a cada texto en el apéndice. Así, este primer texto tiene su original náhuatl en AP 1, 1.

añadirse que *yóllotl* (corazón) es un derivado de la misma raíz que *ollin* (movimiento), lo que deja entrever la más primitiva concepción náhuatl de la vida: *yoliliztli*; y del corazón: *yóllotl*, como movimiento, tendencia.

Otra idea de suma importancia surge también en la tercera y cuarta líneas del poema: el hombre es un ser sin reposo, da su corazón a cada cosa (*timóyol cecenmana*), y andando sin rumbo (*ahuicpa*), perdiendo su corazón, se pierde a sí mismo.

Apremiante aparece así la pregunta de la línea final: *Sobre la tierra, ¿acaso puedes ir en pos de algo? (¿In tlaltícpac can mach ti itlatiuh?)*, que traducida literalmente plantea el problema de la posibilidad de dar con algo capaz de satisfacer al corazón (al ser todo) del hombre, aquí, “sobre la tierra” (*in tlaltícpac*). Término que, como veremos, se contrapone con frecuencia al complejo idiomático *topan, mictlan*, “lo (que está) sobre nosotros, en la región de los muertos”, es decir, el más allá. *Tlaltícpac* (lo sobre la tierra) es por consiguiente lo que está aquí, lo que cambia, lo que todos vemos, lo manifiesto. Siendo prematuro querer penetrar más en el significado de este par de conceptos opuestos, sólo hacemos notar ahora cuál es el verdadero sentido del problema descubierto por la mente náhuatl acerca del valor de las cosas en el mundo cambiante de *tlaltícpac*.

Un poco más abajo, en otros textos de la misma colección, ahondando aún más en la pregunta sobre la urgencia de encontrar algo verdaderamente valioso en *tlaltícpac* (sobre la tierra), se plantea abiertamente el problema de la finalidad de la acción humana:

¿A dónde iremos?  
Sólo a nacer vinimos.  
Que allá es nuestra casa:  
donde es el lugar de los descarnados.<sup>4</sup>

Sufro:  
nunca llegó a mí alegría, dicha.  
¿Aquí he venido sólo a obrar en vano?  
No es ésta la región donde se hacen las cosas.  
Ciertamente nada verdea aquí:  
abre sus flores la desdicha.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> *Ibid.*, f. 3r; AP 1, 2. *El lugar de los descarnados: Ximoqyan*. Era ésta una de las formas de concebir el más allá. De ella habremos de ocuparnos más adelante al tratar del problema de la supervivencia humana después de la muerte.

<sup>5</sup> *Ibid.*, f. 4v; AP 1, 3.



Como lo muestran las líneas citadas, y otras semejantes que pudieran también aducirse, los pensadores nahuas se vieron impelidos a la búsqueda racional ante la realidad estrujante del sufrimiento y la urgencia de encontrar una explicación a su vida y a sus obras amenazadas de exterminio por el anunciado fin del quinto sol, que había de poner término a todo lo existente.<sup>6</sup> Y a la persuasión de que todas las cosas tendrán que perecer fatalmente se sumaba una duda profunda sobre lo que pudiera haber más allá, que hace plantearse cuestiones como éstas:

¿Se llevan las flores a la región de la muerte?

¿Estamos allá muertos o vivimos aún?<sup>7</sup>

¿Dónde está el lugar de la luz pues se oculta el que da la vida?<sup>8</sup>

Preguntas que implican ya abiertamente una desconfianza respecto de los mitos sobre el más allá. Quienes se las plantean no están satisfechos con las respuestas dadas por el saber religioso. Por eso dudan y admiten que hay un problema. Quieren ver con mayor claridad cuál es el destino de nuestras vidas y, consiguientemente, qué importancia tiene el afanarse en el mundo. Porque, si sobre la tierra nada florece y *verdea*, a excepción de la desdicha, y si el más allá es un misterio, cabe entonces una pregunta sobre la realidad de nuestra vida, en la que todo se asoma por un momento a la existencia, para luego desgarrarse, hacerse pedazos y marcharse para siempre:

¿Acaso de verdad se vive en la tierra?

No para siempre en la tierra: sólo un poco aquí.

Aunque sea jade se quiebra,

aunque sea oro se rompe,

aunque sea plumaje de quetzal se desgarrar.

No para siempre en la tierra: sólo un poco aquí.<sup>9</sup>

<sup>6</sup> Recuérdese el mito cosmogónico de los soles, según el cual, tras la destrucción de los soles de tigre, de viento, de fuego y de agua, era la época actual la del sol de movimiento, *Ollintonatiuh*, que, "como andan diciendo los viejos, en él habrá movimientos de tierra, habrá hambre y con esto pereceremos". *Anales de Cuauhtitlán* (edición de W. Lehmann), p. 62.

<sup>7</sup> *Ibid.*, f. 61r; AP I, 4.

<sup>8</sup> *Ibid.*, f. 62r; AP I, 4.

<sup>9</sup> Ms. *Cantares mexicanos*, f. 17r; AP I, 5. Este texto es atribuido por el compilador de los cantares al rey Nezahualcōyotl (1402-1472), sobre quien tanto se ha fantaseado. Excediendo nuestros límites el adentrarnos aquí en un examen crítico de lo que llamaríamos



Preguntas parecidas afloran también en los poemas de la otra compilación que se conserva y se conoce con el título de *Romances de los señores de la Nueva España*. Las dudas acerca de la existencia en el más allá reaparecen allí:

¿A dónde vamos, a dónde vamos?  
¿Estamos allá muertos  
o aún vivimos allí?  
¿Es allá donde acabó el tiempo?  
¿Hay allá tiempo?<sup>10</sup>

La vida en *tlaltípac*, sobre la tierra, es transitoria. Al fin todo habrá de desaparecer. Hasta las piedras y metales preciosos serán destruidos. ¿No queda entonces algo que sea realmente firme o *verdadero* en este mundo? Tal es la nueva pregunta que se hace el pensador náhuatl, dirigiéndola en forma de diálogo a quien tradicionalmente se cree que da la vida, a *Ipalnemohua*:

¿Acaso hablamos algo verdadero aquí, Dador de la vida?  
Sólo soñamos, sólo nos levantamos del sueño.  
Sólo es un sueño...  
Nadie habla aquí de verdad...<sup>11</sup>

Arraigada persuasión que hace afirmar que la vida es un sueño, no ya sólo en los cantares recogidos por Sahagún, sino también en las exhortaciones morales de los *huehuehtlahtolli* o discursos de los viejos. Negándose todo cimiento y permanencia a lo que existe en *tlaltípac* (sobre la tierra), surge una de las interrogaciones más hondas y angustiosas: ¿hay alguna esperanza de que el hombre pueda escaparse, por tener un ser *más verdadero*, de la ficción de los sueños, del mundo de lo que se va para siempre?

¿Acaso son verdad los hombres?  
Por tanto ya no es verdad nuestro canto.

las fuentes para el estudio de la vida y el pensamiento de Nezahualcóyotl —los *Anales de Cuauhtitlán*, *Ixtlilxóchitl* y el Ms. de los *Cantares*—, señalaremos siquiera los puntos fundamentales de este tema en el capítulo en el que estudiaremos las concepciones nahuas sobre la divinidad.

<sup>10</sup> *Romances de los señores de la Nueva España*, f. 12r.

<sup>11</sup> *Ibid.*, f. 5v y 13r; AP I, 6.



¿Qué está por ventura en pie?  
¿Qué es lo que viene a salir bien?<sup>12</sup>

Para la mejor comprensión de este texto diremos sólo que *verdad* —en náhuatl, *neltiliztli*— es término derivado del mismo radical que *tla-nél-huatl*: raíz, del que a su vez directamente se deriva *nelhuáyotl*: cimiento, fundamento. No es por tanto mera hipótesis el afirmar que la sílaba temática *nel-* connota originalmente la idea de “fijación sólida, o enraizamiento profundo”. En relación con esto, puede pues decirse que etimológicamente, entre los nahuas, *verdad* era en su forma abstracta (*neltiliztli*) la cualidad de estar firme, bien cimentado o enraizado. Así se comprenderá mejor la pregunta del texto citado: ¿*Acaso son verdad los hombres?*, que debe entenderse como: ¿acaso poseen los hombres la cualidad de ser algo firme, bien enraizado? Y esto mismo puede corroborarse con la interrogación que aparece dos líneas después, en la que expresamente se pregunta: ¿*Qué está por ventura en pie?*, lo cual, puesto en relación con las afirmaciones hechas sobre la transitoriedad de las cosas, adquiere su más completo sentido.

Estos cantos, entonados al son del huéhuetl y del teponaztli, acompañados de danzas, en el escenario de las fiestas del mundo náhuatl, venían a ser lo que, como experiencia tal vez única, podría calificarse de invitación al pueblo a reflexionar. Eran algo así como un filosofar al aire libre.

Pero además de estas composiciones, de las que no se expresa en los manuscritos quiénes en particular eran sus autores, se conservan otras que expresamente se atribuyen a determinadas personas. Interesa mencionar al menos tres casos en que los cuestionamientos y reflexiones se transcribieron con indicación del nombre de sus autores.

Varios son los poemas de este género que se atribuyen al sabio señor Nezahualcóyotl, nacido en un año 1 conejo, 1402, y muerto en 6 pedernal, 1472. El tema de la fugacidad de cuanto existe aparece muchas veces en su pensamiento. Se conserva un poema en el que Nezahualcóyotl cuestiona la posible verdad y raíz de la divinidad y de todo cuanto existe:

¿Eres tú verdadero (tienes raíz)?  
Alguien sólo ha venido a desvariar.  
Sólo quien todas las cosas domina,

<sup>12</sup> *Ibid.*, f. 10v; AP I, 7.

el Dador de la vida.  
¿Es esto verdad?  
¿Acaso no lo es, como dicen?  
¡Que nuestros corazones  
no tengan tormento!

Todo lo que es verdadero  
(lo que tiene raíz)  
dicen que no es verdadero  
(que no tiene raíz).  
El Dador de la vida  
sólo se muestra arbitrario.

¡Que nuestros corazones  
no tengan tormento!<sup>13</sup>

La primera pregunta, *¿Zan ye tle yenelli?*, “¿Eres tú verdadero?”, aparece seguida de una especie de comentario: *Aca zan tlahuanco*, “Alguien sólo ha venido a desvariar”. Y en seguida, tras mencionar a *Ipalnemohuani*, la duda se amplía: *¿In cuix nelli, cuix amo nelli?*, “¿Es esto verdad? ¿Acaso no lo es, como dicen?” Y después, un intento de apaciguar a quien duda, la pregunta se reitera: *Quexquich in ye nelli quilhuia in amo nell'on*, “Todo lo que es verdadero dicen que no es verdadero”. Y cabe añadir que en el manuscrito se leen arriba de este canto, de otra mano, estas palabras a modo de comentario: “A lo divino gentílico”.

Tochihuitzin Coyolchiuhqui es el nombre de otro poeta nahua de quien lo poco que se conoce deja ver algo de su pensamiento. Nacido en Tenochtitlan a fines del siglo XIV, se desconoce la fecha de su muerte. Se sabe al menos, según los *Anales de Cuauhtitlán*, que fue hijo de Itzcóatl, soberano mexica. Además, la *Crónica mexicáyotl* refiere que en un año 5 caña, 1419, Tochihuitzin ayudó a salvar al príncipe Nezahualcóyotl después de que éste, siendo muy joven, escondido, pudo presenciar la muerte de su padre a manos de los tepanecas de Azcapotzalco.

La citada *Crónica mexicáyotl* refiere también que Tochihuitzin casó con una hija del célebre Tlacaélel, consejero de los supremos gobernantes mexicas. La misma fuente nos dice que Coyolchiuhqui más tarde fue señor del pueblo de Teotlaltzinco, en las estribaciones orientales del Iztaccíhuatl. La composición suya que ha llegado hasta nosotros es expresión náhuatl del tema universal de comparar la vida con el sueño y

<sup>13</sup> Ms. *Romances de los señores de la Nueva España*, f. 19v y 20r.



es asimismo reiteración de la brevedad de la vida. El canto y la flor son al menos paliativos de quien se apesadumbra al tomar conciencia de lo que es el existir en la tierra:

Así lo dejó dicho Tochiuhuitzin,  
así lo dejó dicho Coyolchiuhqui:  
de pronto salimos del sueño,  
sólo vinimos a soñar,  
no es cierto, no es cierto  
que vinimos a vivir sobre la tierra.  
Como yerba en primavera  
es nuestro ser.  
Nuestro corazón hace nacer,  
germinan flores de nuestra carne.  
Algunas abren sus corolas,  
luego se secan.  
Así lo dejó dicho Tochiuhuitzin.<sup>14</sup>

Poeta y sabio —filósofo— fue también Ayocuan Cuetzpaltzin. Noble de Tecamachalco, nació en la segunda mitad del siglo xv y murió a principios de la siguiente centuria. Acerca de él hay composiciones que lo recuerdan y alaban. La *Historia tolteca-chichimeca* refiere que fue hijo del chichimeca Cuetzpalzin, gobernante de varios pueblos cercanos a Tecamachalco. Destronado por enemigos, huyó con sus hijos, entre ellos Ayocuan, a un lugar llamado Quimixtlan, al noreste del Citlaltépetl. En un canto se dice de él que fue “sacerdote águila blanca”.

En el manuscrito de *Cantares* se le atribuyen ideas que, según se decía, iba expresando por los caminos de Tlaxcala y Huexotzinco. Éste es el texto de un poema que se refiere a ello:

¡Qué permanezca la tierra!  
¡Qué estén en pie los montes!  
Así venía hablando Ayocuan Cuetzpaltzin.  
En Tlaxcala, en Huexotzinco.  
Que se repartan  
flores de maíz tostado, flores de cacao.  
¡Qué permanezca la tierra!<sup>15</sup>

<sup>14</sup> *Cantares mexicanos*, f. 14v-15r.

<sup>15</sup> *Cantares mexicanos*, f. 14v.



También en el mismo manuscrito se le atribuyen palabras que pronunció en alabanza del señor Tecayehuatzin de Huexotzinco. Sus palabras son condenación de la guerra y exaltación de la música:

Asediada, odiada  
sería la ciudad de Huexotzinco,  
si estuviera rodeada de dardos.  
Huexotzinco circunda de espinosas flechas.

El timbal, la concha de tortuga  
repercuten en vuestra casa,  
permanecen en Huexotzinco.  
Allí vigila Tecayehuatzin,  
el señor Quecéhuatl,  
allí tañe la flauta, canta,  
en su casa de Huexotzinco.<sup>16</sup>

Lo aquí evocado saca del anonimato lo que pensaban y dejaron dicho estos tres sabios y poetas. Nos acerca al pensamiento de estos sabios y forjadores de cantos.

Podemos, pues, concluir que la preocupación náhuatl, al inquirir si algo “era verdad” o “estaba en pie”, se dirigía a saber si había algo fijo, bien cimentado, que escapara al “sólo un poco aquí”, a la vanidad de las cosas que están sobre la tierra (*tlalticpac*), que parecen un sueño. Toca al lector juzgar si es que esta cuestión náhuatl del estar algo en pie tiene o no relación con el problema filosófico del pensamiento occidental de la *subsistencia* de los seres, que han sido concebidos como “sostenidos por un principio trascendente” (escolásticos), o como apoyados en una realidad inmanente de la que son manifestaciones (Hegel, panteísmo), o sin apoyo alguno, “existiendo allí”, como quiere el existencialismo. Pero lo que aquí nos interesa es haber constatado que preocupó a los nahuas, ante la honda experiencia de la fugacidad universal de las cosas, la idea de encontrar una *fundamentación* del mundo y del hombre, como lo expresan sus citadas preguntas: “¿qué está por ventura en pie?, ¿acaso son verdad los hombres?”

Y para apreciar el desarrollo mental que significa el preguntarse explícitamente acerca de la *verdad* de los seres humanos, es necesario que recordemos tan sólo el hecho de que entre los griegos este mismo

<sup>16</sup> *Cantares mexicanos*, f. 12r.

problema —planteado así, racional y universalmente— sólo surgió hasta la época de Sócrates y de los sofistas, es decir, después de casi dos siglos de pensar filosófico.<sup>17</sup> Podemos, pues, sostener que, aun desconociendo todavía las respuestas dadas por los pensadores nahuas, basta con la sola enunciación de sus problemas (¿sobre la tierra se puede ir en pos de algo? ¿Acaso son verdad los hombres? ¿Qué está por ventura en pie?) para afirmar que había entre ellos no sólo mitos y aproximaciones, sino antes bien un pensamiento capaz de reflexionar sobre lo que se percibe, preguntándose sobre su firmeza o evanescencia (¿son acaso un sueño?), hasta llegar por fin a ver racionalmente al hombre —a sí mismo— como problema.

Esto es lo que nos dicen los pocos textos presentados, escogidos de entre otros muchos que tratan de problemas semejantes. Queda, pues, establecido el hecho de una serie de inquietudes y preguntas de tipo filosófico —una *problemática*, como diríamos ahora— entre los nahuas anteriores a la venida de los conquistadores.

Sin embargo, creemos que el solo haber probado la existencia de preguntas e inquietudes relacionadas con el ser de las cosas y del hombre no basta para poder afirmar sin distinguos la existencia de individuos dedicados al quehacer intelectual de plantearse esas preguntas y sobre todo de tratar de contestarlas. Es decir, la aparición de esas cuestiones pudo ser algo esporádico, sin que sea necesario dar por supuesta la existencia de *filósofos*. Cabe, pues, preguntarse explícitamente: ¿tenemos pruebas históricas de que haya habido entre los nahuas quienes se ocuparan de investigar el ser de las cosas y del hombre, con miras a encontrar soluciones a preguntas como las descubiertas en los textos?

Por fortuna tenemos la respuesta a esta cuestión entre los datos proporcionados a Bernardino de Sahagún por sus informantes indígenas al mediar el siglo xvi. Pasamos, pues, a examinar el material en náhuatl recogido por él.

<sup>17</sup> Sabemos por los estudios de Jaeger, Mondolfo, etcétera, que ya antes del pensamiento cosmológico griego había habido reflexiones e inquietudes sobre el sentido de la vida humana; pero, como el mismo Jaeger expresamente lo afirma, dichas preocupaciones no fueron aún filosóficas en sentido estricto, sino su necesario antecedente histórico. Sigue, pues, siendo exacto afirmar que Sócrates y los sofistas fueron los primeros en aplicar el pensamiento filosófico al tema del hombre, aproximadamente dos siglos después de Tales de Mileto.



### LOS SABIOS O FILÓSOFOS

Ya hemos dicho que la información en náhuatl obtenida por Sahagún en Tepepulco, Tlatelolco y México constituyó la base principal sobre la que redactó su *Historia general de las cosas de Nueva España*. Y aun cuando esta obra no es en modo alguno una mera versión castellana de los textos nahuas, pueden descubrirse en ella, no obstante, secciones enteras que traducen casi al pie de la letra o resumen lo que en varios textos de los informantes indígenas se dice.

Será, pues, una especie de guía y comprobación el buscar primero en la *Historia* algo de lo que puede referirse a la existencia de sabios o filósofos entre los antiguos mexicanos, antes de pasar a exponer lo que se contiene en los textos nahuas originales. Así, ya desde la introducción al libro primero, nos dice Sahagún que:

Del saber o ciencia de esta gente, hay fama que fue mucho como parece en el libro décimo, donde en el capítulo XXIX se habla de los primeros pobladores de esta tierra y se afirma que tuvieron perfectos filósofos y astrólogos...<sup>18</sup>

Pasando ahora al prólogo del libro VI, dedicado por entero a la exposición de “la Retórica y Filosofía Moral y Teología de la gente mexicana”, y que es todo un riquísimo repertorio de sus opiniones y doctrinas, nos encontramos con que el mismo Sahagún certifica allí una vez más la autenticidad de toda esa mina de datos, ya que:

En este libro se verá muy a buena luz, que lo que algunos émulos han afirmado, que todo lo escrito en estos libros antes de éste y después de éste, son ficciones y mentiras, hablan como apasionados y mentirosos, porque lo que en este volumen está escrito, no cabe en entendimiento de hombre humano el fingirlo ni hombre viviente pudiera contradecir el lenguaje que en él está; de modo que, si todos los indios entendidos fueran preguntados, afirmarían que este lenguaje es propio de sus antepasados y obras que ellos hacían.<sup>19</sup>

Finalmente, para no recargar este capítulo con demasiadas citas, tan sólo aduciremos otro texto tomado del libro X de la *Historia*, en el que

<sup>18</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *Historia general de las cosas de Nueva España*, edición de Miguel Acosta Saignes, México, Editorial Nueva España, 1946, t. I, p. 13.

<sup>19</sup> *Ibid.*, t. I, p. 445-446.

precisamente se resume un documento náhuatl de los informantes que trata especialmente sobre nuestro asunto:

El sabio —escribe Sahagún hablando de las varias profesiones existentes entre los indios— es como lumbré o hacha grande, espejo luciente y pulido de ambas partes, buen dechado de los otros, entendido y leído; también es como camino y guía para los demás. El buen sabio, como buen médico, remedia bien las cosas, y da buenos consejos y doctrinas, con que guía y alumbrá a los demás, por ser él de confianza y de crédito, y por ser cabal y fiel en todo; y para que se hagan bien las cosas, da orden y concierto con lo cual satisface y contenta a todos respondiendo al deseo y esperanza de los que se llegan a él, a todos favorece y ayuda con su saber.<sup>20</sup>

Pero tiempo es ya de acudir a los textos originales en náhuatl. Y conviene repetirlo una vez más: no es aquí Sahagún el que habla; son los viejos informantes indígenas de Tepepulco y Tlatelolco que refieren lo que de jóvenes vieron y aprendieron en el *Calmécac* o escuela superior, antes de la venida de los conquistadores. Consta por tanto que hablaban de cosas que les eran bien conocidas. Y sabemos también que decían la verdad, porque Sahagún se informó cuidadosamente sobre sus antecedentes morales y sobre todo porque cirnió “a través de triple cedazo”, en Tepepulco, Tlatelolco y México, la información recibida, para ver si había o no concordancia en las varias versiones.

Habiéndose rechazado lo incierto o dudoso, tenemos por consiguiente genuina certeza histórica de la validez y veracidad de los dichos textos. Y constándonos también que Sahagún se fijó especialmente en el que vamos a presentar, ya que lo resumió expresamente en su *Historia*, damos ahora su traducción castellana, hecha con la mayor fidelidad y exactitud posibles. Tomando en cuenta su especial importancia, ofrecemos en el apéndice su original náhuatl. En el folio correspondiente del *Códice matritense de la Real Academia* de donde procede, puede verse claramente una anotación al margen que dice *sabios o philosophos*. La letra es como puede comprobarse sin género de duda del mismo fray Bernardino. Sabemos por tanto que juzgó él que la descripción que en esas líneas del texto náhuatl se hace era precisamente de las funciones y actividades de quienes merecían el título de filósofos. Toca ahora al lector, leyendo y analizando cuidadosamente el texto, juzgar si fue o no un acierto de Sahagún el hacer la anotación marginal de *sabios o philosophos*:

<sup>20</sup> *Ibid.*, t. II, p. 194.



- 1 El sabio: una luz, una tea, una gruesa tea que no ahúma.
- 2 Un espejo horadado, un espejo pulido por ambos lados.
- 3 Suyas es la tinta negra y roja, de él son los códices, de él son los códices.
- 4 Él mismo es escritura y sabiduría.
- 5 Es camino, guía veraz para otros.
- 6 Conduce a las personas y a las cosas, es guía en los negocios humanos.
- 7 El sabio verdadero es cuidadoso (como un médico) y guarda la tradición.
- 8 Suyas es la sabiduría transmitida, él es quien la enseña, sigue la verdad.
- 9 Maestro de la verdad, no deja de amonestar.
- 10 Hace sabios los rostros ajenos, hace a los otros tomar una cara (una personalidad), los hace desarrollarla.
- 11 Les abre los oídos, los ilumina.
- 12 Es maestro de guías, les da su camino,
- 13 de él uno depende.
- 14 Pone un espejo delante de los otros, los hace cuerdos, cuidadosos; hace que en ellos aparezca una cara (una personalidad).
- 15 Se fija en las cosas, regula su camino, dispone y ordena.
- 16 Aplica su luz sobre el mundo.
- 17 Conoce lo (que está) sobre nosotros (y) la región de los muertos.
- 18 (Es hombre serio).
- 19 Cualquiera es confortado por él, es corregido, es enseñado.
- 20 Gracias a él la gente humaniza su querer y recibe una estricta enseñanza.
- 21 Conforta el corazón, conforta a la gente, ayuda, remedia, a todos cura.<sup>21</sup>

*Comentario del texto:*

Línea 1. *El sabio: una luz, una tea, una gruesa tea que no ahúma.*

El sabio: tal es la forma usual de traducir la palabra náhuatl *tlamatini* (véase *Vocabulario*, de fray Alonso de Molina, f. 126r). Por juzgarla de

<sup>21</sup> *Códice matritense de la Real Academia*, edición facsimilar de don Francisco del Paso y Troncoso, v. VIII, últimas líneas de la f. 118r y primera mitad de la 118v; *AP I*, 8. La traducción de este texto, así como las de los otros aquí presentados, cuando no se indique expresamente otra cosa, han sido hechas por el autor de este trabajo, bajo el asesoramiento lingüístico del eximio nahuatlato doctor Ángel María Garibay K.

especial interés en nuestro estudio, damos aquí su análisis etimológico. Dicha voz se deriva del verbo *mati* (él sabe) y el sufijo *-ni*, que le da el carácter sustantivado o participial de “el que sabe” (lat. *sapiens*). Finalmente, el prefijo *tla* es un correlato que, antepuesto al sustantivo o verbo, significa *cosas* o *algo*. De todo lo cual se concluye que la palabra *tla-mati-ni* etimológicamente significa “el que sabe cosas” o “el que sabe algo”.

En esta línea con bella metáfora se introduce la figura del *tlamatini* comparándolo con la luz de una gruesa tea que, iluminando, no ahúma.

Línea 2. *Un espejo horadado, un espejo pulido por ambos lados.*

*Un espejo pulido por ambos lados: tezcAtl necuc xapo.* Se alude aquí claramente al *tlachialoni*: una especie de cetro con un espejo pulido, que formaba parte del atavío de algunos dioses y les servía para mirar a través de él la tierra y las cosas humanas. Literalmente *tlachialoni*, como nota Sahagún en su *Historia*, “quiere decir miradero o mirador... porque con él se miraba por el agujero de en medio”.<sup>22</sup> Al aplicarse al sabio, diciendo que es un espejo pulido, se afirma que el *tlamatini* es en sí mismo una especie de órgano de contemplación: “una visión concentrada del mundo y de las cosas humanas”.

Línea 3. *Suya es la tinta negra y roja, de él son los códices, de él son los códices.*

Aparece aquí el sabio como poseedor de los códices: *amoxtli*, los libros nahuas hechos de tiras de “papel” de *amate* (*ficus petiolaris*), dobladas como biombos, y de los que sólo unos pocos se salvaron de la destrucción que acompañó a la Conquista. Que en dichos códices se conservaban importantes ideas filosóficas nos lo prueba, entre otros, el *Códice Vaticano A 3738*, en cuyas primeras “páginas” perduran muy estilizadas sus concepciones acerca del principio supremo, los rumbos del universo, etcétera.

Línea 4. *Él mismo es escritura y sabiduría.*

*Tlilli tlapalli*, a la letra, significa que el sabio es tinta negra y roja. Pero como la yuxtaposición de dichos colores en la expresión literaria náhuatl significa la representación y el saber de las cosas de difícil comprensión y del más allá, hemos creído conveniente dar aquí este su obvio sentido metafórico: *escritura y sabiduría*.

Línea 8. *Suya es la sabiduría transmitida, él es quien la enseña, sigue la verdad.*

*Suya es la sabiduría transmitida*, dicho en náhuatl con una sola palabra: *machize*, derivada de *machiztli* y del sufijo *-e* indicador de posesión

<sup>22</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, t. I, p. 40.

(de él es...), que hace perder la terminación al sustantivo *machiz-(tli)*. Conviene notar el sentido preciso de esta palabra, que aparece aquí como derivada de la forma pasiva de *mati* (saber) que es *macho* (ser sabido). Tenemos por consiguiente lo que podríamos llamar “un sustantivo pasivo”: *sabiduría-sabida* (o transmitida por tradición). Su correlato es (*tla*)*matiliztli*: sabiduría adquirida por sí mismo. Es éste un ejemplo de lo matizado del pensamiento náhuatl y de la flexibilidad de la lengua que tan concisamente lo expresa.

Línea 10. *Hace sabios los rostros ajenos, hace a los otros tomar una cara (una personalidad), los hace desarrollarla.*

En tres sustantivos nahuas de una riqueza insospechada se encierra todo lo expresado en esta línea: *teixtlamachtiani*, *teixcuitiani*, *teixtomani*. Un análisis lingüístico mostrará su sentido: la voz *tlamachtiani* significa “el que enriquece o comunica algo a otro”. La partícula *ix-* es el radical de *ixtli*: la cara, el rostro. Y el prefijo *te-* es un correlato personal indefinido, término de la acción del verbo o sustantivo a que se antepone: “a los otros”. Por tanto, *te-ix-tlamachtiani* significa, al pie de la letra, “el que enriquece o comunica algo a los rostros de los otros”. Y lo que les comunica es sabiduría, como por todo el contexto obviamente se deduce, ya que ha estado afirmándose que es “maestro de la verdad”, que “él es quien la enseña”, etcétera.

Las otras dos palabras —*te-ix-cuitiani*: “a-los-otros-una-cara-hace-tomar”, y *te-ix-tomani*: “a-los-otros-una-cara-hace-desarrollar”— son aún más interesantes, pues en ellas se descubre que el *tlamatini*, o sabio, tenía verdaderas funciones de pedagogo y psicólogo. Por el sentido de estos textos, así como por lo que se afirma en las líneas 11 y 12, podrá constatarse claramente que existe un notable paralelismo entre la palabra *ixtli*: rostro, cuyo radical *ix-* hemos encontrado en estos tres compuestos, y la voz griega *prósopon* (cara), tanto en su significado primitivo de carácter anatómico como en su aplicación metafórica de *personalidad*. Tal sentido metafórico de *ixtli* aparece con mucha frecuencia en las arengas y discursos conservados de memoria por los nahuas informantes de Sahagún, así como entre las frases y modismos nahuas de la colección del padre Olmos. Véase el siguiente ejemplo: *in te-ix in teyolo nonan nota nicchihua*, “al rostro y corazón de otro (a tal persona) la hago mi madre y mi padre”. (La tomo por guía o consejero.)<sup>23</sup>

<sup>23</sup> Fray Andrés de Olmos, *Arte para aprender la lengua mexicana*, París, 1875, p. 247. Véase asimismo el “Huehuetlatolli, documento A”, publicado por Garibay en *Tlalocan*, v. I, n. 1, p. 45.

No insistiremos más sobre este punto ya que habremos de ocuparnos de él en el capítulo sobre el concepto náhuatl del hombre. Por ahora, cotéjese tan sólo la línea 10 del texto con lo que se afirma en las 11 y 14. Esto ayudará a juzgar si es o no exacto lo que hemos dicho.

Línea 14. *Pone un espejo delante de los otros, los hace cuerdos, cuidadosos; hace que en ellos aparezca una cara (una personalidad).*

Aparece aquí el *tamatini* o sabio en su calidad de moralista. Analizamos la palabra *tezcaviani*: “que pone un espejo delante de los otros”. El elemento central del compuesto es *tézcatl*: espejo, hecho de piedras labradas y pulidas, que, como dice Sahagún, “hacían (reproducían) la cara muy al propio”.<sup>24</sup> De *tézcatl* se deriva el verbo *tezcavia* que, con el prefijo *te*, significa “poner un espejo a otros”. Finalmente, la desinencia *ni* da al compuesto el carácter participial de *te-tezca-via-ni*: “El que a los otros pone un espejo”. Y aparece luego lo que se busca al poner ante los otros un espejo: “hacerlos cuerdos y cuidadosos”. Una vez más encontramos aquí paralelismo con un pensamiento moral común entre los griegos y los pueblos de la India: la necesidad de conocerse a sí mismo: el *gnóthi seautón*, “conócete a ti mismo”, de Sócrates.

En estrecha relación con esta idea hay un pasaje del relato acerca de *Quetzalcóatl* en una de sus versiones originales en náhuatl. Los hechiceros que lo visitan en Tula se empeñan en mostrarle un espejo para que él descubra quién es. Pero de esto nos ocuparemos más adelante al tratar de las ideas nahuas acerca del hombre.



El *tamatini* en su papel de educador (*Códice mendocino*)

<sup>24</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, t. II, p. 464.

Línea 16. *Aplica su luz sobre el mundo.*

El concepto náhuatl del mundo era expresado por la palabra *cemanáhuac* que, analizada en sus componentes, significa: *cem-*, “enteramente, del todo”, y *a-náhuac*: “lo que está rodeado por el agua” (a modo de anillo). El mundo era, pues, “lo que enteramente está circundado por el agua”. Idea que encontraba una cierta verificación en lo que se conocía del llamado imperio mexica, que terminaba por el occidente en el Pacífico y por el oriente en el golfo, verdadero *mare ignotum*, más allá del cual sólo estaba el mítico “lugar del saber”: *Tlilan, Tlapalan*. Con la palabra *cemanáhuac* y el verbo *tlahuia*: “iluminar”, “aplicar una luz”, se forma el compuesto: “aplica una luz sobre el mundo”. Esta idea atribuida al *tlamatini*, o sabio, da a éste el carácter de investigador del mundo físico.

La línea 17 que viene a continuación nos hablará, a modo de contraposición, de sus preocupaciones metafísicas.

Línea 17. *Conoce lo (que) está sobre nosotros (y), la región de los muertos.*

Nos encontramos aquí con otro rasgo fundamental del *tlamatini* (sabio): “conoce lo (que está) sobre nosotros”, *topan*, “lo que nos sobrepasa”, y *mictlan*, “la región de los muertos”, es decir, “el más allá”.

El complejo idiomático *topan, mictlan*, que aparece citado por los viejos informantes de Sahagún, no sólo en este lugar sino en otras muchas ocasiones, siempre lleva consigo el significado de “lo que nos sobrepasa, lo que está más allá”. Tal era la forma como concebía la mente náhuatl lo que hoy llamamos “el orden metafísico” o “del *noúmenon*”. Su contraparte es el mundo: *cemanáhuac*, “lo que está enteramente rodeado por el agua”.

En otros casos, como lo hemos ya insinuado en una nota, se contrapone también lo que está “sobre nosotros, el más allá” con “lo que está sobre la superficie de la tierra” (*tlaltípac*). Y es tal la persistencia y lo manifiesto de esta oposición, que no dudamos en afirmar que también los nahuas habían descubierto a su manera la dualidad o ambivalencia del mundo, que tanto ha preocupado al pensamiento occidental desde el tiempo de los presocráticos: por una parte, lo visible, lo múltiple, lo fenoménico, que para los nahuas era *lo que está sobre la tierra: tlaltípac*, y, por la otra, lo permanente, lo metafísico, lo trascendente, que en la mentalidad náhuatl aparece como *topan, mictlan* (lo sobre nosotros, lo que se refiere al más allá, a la región de los muertos).

Cuando más adelante estudiemos los problemas estrictamente metafísicos del pensamiento náhuatl, así como sus anhelos por escaparse de la transitoriedad de *tlaltípac*, acabaremos de constatar el hondo sentido de estos conceptos.

Línea 20. *Gracias a él, la gente humaniza su querer y recibe una estricta enseñanza.*

*Itech netlacaneco*, “gracias a él, la gente humaniza su querer”. Es ésta una forma de expresar la idea implicada en la voz náhuatl: *ne-tlaca-neco*. Un análisis de sus elementos nos lo mostrará: *-neco* constituye la voz pasiva de *nequi* (él quiere: él es querido); *tlaca* es el radical de *tlácatl*: hombre, ser humano; *ne-* es un prefijo personal, indefinido. Uniendo estos elementos se forma el compuesto *ne-tlaca-neco* que significa “es querida humanamente la gente”, *itech*: gracias a él (al sabio).

Es éste un nuevo aspecto del *tlamatini* que apunta a una cierta idea de “lo humano”, como calidad moral. Se encuentra aquí como en embrión un descubrimiento de tipo humanista entre los nahuas. ¿Era esta humanización del querer una de las ideas básicas en su educación? Así parece indicarlo el texto. Tanto esto, como sus posibles implicaciones respecto de la moral y el derecho nahuas, serán objeto de nuestro estudio cuando expresamente presentemos una serie de textos de carácter ético-jurídico en el capítulo V de este trabajo.

Haciendo ahora un breve resumen del texto ya comentado, se acabará de comprender su contenido. En sus cuatro primeras líneas se describe simbólicamente la esencia del filósofo —no por una definición a base de género y diferencia específica, sino por un *engarce* de los rasgos o aspectos más significativos del ser del filósofo—: ilumina la realidad como “una gruesa tea que no ahúma”; es una visión concentrada del mundo: un *tlachialoni*, instrumento de contemplación; “de él son los códices”; “es escritura y sabiduría”. Tal es el “enjambre de rasgos e imágenes” que evoca en la mente náhuatl la figura del sabio. Aparece luego éste en su relación con los seres humanos. Primero —líneas 5 a 9— es presentado como maestro (*temachtiani*). Se dice de él que “es camino”, “suya es la sabiduría transmitida”, “es maestro de la verdad y no deja de amonestar”. Aparece luego —líneas 10 a 13— como un genuino psicólogo (*teixcuitiani*) que “hace a los otros tomar una cara y los hace desarrollarla”; “les abre los oídos... es maestro de guías...” En la línea 14 se describe su función de moralista (*tetezcahuiani*): “pone un espejo delante de los otros, los hace cuerdos, cuidadosos...” Se refleja en seguida su interés por examinar el mundo físico —líneas 15 y 16— (*cemanahuac tlahuiani*): “se fija en las cosas, aplica su luz sobre el mundo”. Con una sola frase —línea 17— se indica que es un metafísico, ya que estudia “lo que nos sobrepasa, la región de los muertos”, el más allá. Finalmente, como resumiendo sus atributos y misión principal, se dice —líneas 19 a 21— que “gracias a él la gente humaniza su querer y recibe una estricta enseñanza”.

En pocas palabras, aplicando anacrónica y análogamente al sabio o *tlamatini* los términos con que hoy se designa a quienes tienen muy semejantes funciones, diremos que es un maestro, un psicólogo, un moralista, un cosmólogo, un metafísico y un humanista. Léase el texto una vez más y júzguese imparcialmente si es o no acertado este análisis.

Una valiosa comprobación de esto podrá encontrarse en el prólogo de Ixtlilxóchitl a su *Historia de la nación chichimeca*, en donde resume su información acerca de las diversas especies de sabios que había en Tezcoco. Después de referirse a quienes ponían “por su orden las cosas que acaecían en cada año”, a los que “tenían a su cargo las genealogías”, a los que “tenían cuidado de las pinturas de los términos, límites y mojeneras de las ciudades... y de los repartimientos de tierras”, y tras de mencionar a los concededores de las leyes y a sus diversos sacerdotes, dice:

Y finalmente, los filósofos y sabios que tenían entre ellos, estaba a su cargo pintar todas las ciencias que sabían y alcanzaban y enseñar de memoria todos los cantos que conservaban sus ciencias e historias; todo lo cual mudó el tiempo con la caída de Reyes y Señores y con los trabajos y persecuciones de sus descendientes...<sup>25</sup>

Y conviene recalcar —aunque sea de paso— lo que nota aquí Ixtlilxóchitl: que eran precisamente los *tlamatinime*, o filósofos nahuas, quienes tenían a su cargo componer, pintar, saber y enseñar los cantares y poemas donde conservaban sus ciencias. No es, por consiguiente, arbitrario buscar allí sus problemas filosóficos, como ya lo hemos hecho y continuaremos haciéndolo. Y es que sucedió con los nahuas lo que con casi todos los pueblos antiguos, que encontraron en la expresión rítmica de los poemas un medio que les permitía retener en la memoria más fácil y fielmente lo que recitaban o cantaban. Pudiera decirse en este sentido que, grabando las palabras por medio de los versos enseñados en el *Calmécac*, imprimían los nahuas sus ideas, no ya sobre el papel, sino más íntimamente en el substrato animado de la memoria, de donde a su vez pasaron —como se ha mostrado— posteriormente a los textos manuscritos de los informantes de Sahagún.

Comprobada por tanto la existencia de sabios cuyos atributos les merecen la denominación griega de *filósofos*, en vez de acumular aquí las referencias a los lugares de algunas crónicas de los antiguos misioneros que aluden a ellos, parece mejor presentar ahora lo que po-

<sup>25</sup> Fernando de Alva Ixtlilxóchitl, *Obras históricas*, t. II, p. 18.

dría llamarse una contraprueba histórica.<sup>26</sup> Así como habían hablado los informantes de Sahagún acerca de los verdaderos sabios, no dejaron tampoco de mencionar a los sabios falsos, a quienes podemos designar anacrónicamente con el nombre de *sofistas*, siguiendo el ejemplo de Sahagún que llama *philosophos* a los primeros.

La contraposición de sus características con las del sabio verdadero permitirá llegar a conocer cuál era el ideal náhuatl del saber enseñado en el *Calmécac*. He aquí, por tanto, en fiel versión, la descripción del pseudosabio:

- 1 El falso sabio: como médico ignorante, hombre sin sentido, dizque sabe acerca de Dios.
- 2 Tiene sus tradiciones, las guarda.
- 3 Es vanagloria, suya es la vanidad.
- 4 Dificulta las cosas, es jactancia e inflación.
- 5 Es un río, un peñascal.<sup>27</sup>
- 6 Amante de la obscuridad y el rincón,
- 7 sabio misterioso, hechicero, curandero,
- 8 ladrón público, toma las cosas.
- 9 Hechicero que hace volver el rostro,<sup>28</sup>
- 10 extravía a la gente,
- 11 hace perder a los otros el rostro.
- 12 Encubre las cosas, las hace difíciles,
- 13 las mete en dificultades, las destruye,
- 14 hace perecer a la gente, misteriosamente acaba con todo.<sup>29</sup>

En la descripción que aquí se da del *amo qualli tlamatini*, “sabio no bueno”, conviene destacar siquiera la contraposición de sus rasgos y atributos con los del auténtico sabio o *tlamatini* náhuatl. Así como de éste se dijo que “a-los-otros-un-rostro-hace-tomar” (*teixcuitiani*), así del falso sabio se afirma ahora que es quien “a-los-otros-hace-perder-su-rostro” (*teixpoloa*). Y si el sabio genuino *se fija en las cosas, regula su camino, dispone y ordena*, de

<sup>26</sup> En la Introducción, en la sección destinada al estudio de las fuentes, se encontrarán las citas precisas de varias crónicas y relaciones donde se menciona a los *tlamatinime* o sabios.

<sup>27</sup> *Un río, un peñascal: atóyatli, tepexitli*. Es éste un complejo idiomático náhuatl que significa metafóricamente “desgracia, infortunio”.

<sup>28</sup> *Teixcuepani: hace-que-los-otros-vuelvan-el-rostro, es decir, como lo indican claramente las siguientes palabras del texto: “extravía a la gente, la desorienta”*.

<sup>29</sup> *Códice matritense de la Real Academia*, v. VIII, f. 118v; AP I, 9. Se encuentra este texto, como lo muestra la cita, a continuación del ya ofrecido sobre los *sabios* o *philosophos*.



manera contraria el que hemos designado como *sofista náhuatl* “misteriosamente acaba con todo”: *tlannahualpoloa*. Término interesante que literalmente quiere decir: “a-las-cosas-misteriosamente-destruye”.

Ambos pretenden influir activamente en la gente, enseñando: uno, la verdad, “que hace sabios los rostros ajenos”; el otro, cual hechicero, “encubriendo las cosas”, “hace perecer a la gente y misteriosamente acaba con todo”. Tal es el testimonio transmitido a Sahagún por sus informantes indígenas que prueban tener clara conciencia de que había también entre ellos pseudosabios, cuya “jactancia e inflación” se ponían de manifiesto al compararlos con la figura del genuino *tlamatini*.

### UNA CIERTA DIVERSIFICACIÓN DEL SABER

Conocida así positiva y negativamente la figura de los sabios nahuas, la mejor manera de terminar este primer capítulo comprobatorio de la existencia de un saber filosófico náhuatl será presentando un último texto que ahora por vez primera se traduce íntegramente al castellano. Su importancia está en el hecho de que se menciona en él la existencia de sabios al lado de sacerdotes, asignándose a ambos grupos diversas funciones. En otras palabras, se pone de manifiesto que se tenía conciencia de que, además del saber estrictamente religioso, había otra clase de saber, fruto de observaciones, cálculos y reflexiones puramente racionales que, aun cuando podían relacionarse con los ritos y prácticas religiosas, eran en sí de un género distinto.

Precisamente los problemas descubiertos por los sabios nahuas, expuestos al principio de este capítulo, son resultado de tales meditaciones; son la expresión de sus dudas acerca del sentido de la vida y del más allá. Y que no se trata ya del saber religioso lo demuestra el hecho de la duda: el sacerdote, en cuanto tal, cree. Puede sistematizar y estudiar sus creencias, pero nunca aceptará problemas sobre aquello mismo que su religión profesa. Por esto, puede decirse que, aun cuando originariamente los *tlamatinime* pertenecieran a la clase sacerdotal, en su papel de investigadores eran algo más que sacerdotes.

Pues bien, es del libro de los *Coloquios de los doce* de donde procede el texto que habrá de mostrarnos esta diversificación de conocimientos y preocupaciones. Como ya se ha estudiado el origen y valor histórico de esta obra al hablar de las fuentes, podemos entrar ahora directamente en materia.<sup>30</sup> Nos encontramos aquí a los frailes adoctrinando a un gru-

<sup>30</sup> Véase la Introducción. El interés principal de este libro está, como ya se ha indica-



po de señores principales en la recién conquistada Tenochtitlan. Con la instrucción se ha mezclado la condenación de las antiguas creencias indígenas. Los indios escuchan en silencio. Tan sólo cuando los frailes dan por terminada su lección, lo inesperado sucede. Se pone de pie uno de aquellos principales y “con toda cortesía y urbanidad” manifiesta cautelosamente su disgusto al ver así atacadas esas costumbres y creencias “tan estimadas por sus abuelos y abuelas” y, confesando no ser él gente sabia, afirma en seguida tener sus maestros, entre los que enumera a las varias clases de sacerdotes, a los astrónomos y a los sabios, quienes sí podrán responder a lo que los frailes han dicho:

1 Mas, señores nuestros (dice),  
2 hay quienes nos guían,  
3 nos gobiernan, nos llevan a cuestras,  
4 en razón de cómo deben ser venerados nuestros dioses,  
5 cuyos servidores somos como la cola y el ala,  
6 quienes hacen las ofrendas, quienes inciensan,  
7 y los llamados *Quequetzalcoa*.

8 Los sabedores de discursos,  
9 es de ellos obligación,  
10 se ocupan día y noche,  
11 de poner el copal,  
12 de su ofrecimiento,  
13 de las espinas para sangrarse.

14 Los que ven, los que se dedican a observar  
15 el curso y el proceder ordenado del cielo,  
16 cómo se divide la noche.

17 Los que están mirando (leyendo), los que cuentan (o refieren lo que leen).

18 Los que vuelven ruidosamente las hojas de los códices.  
19 Los que tienen en su poder la tinta negra y roja (la sabiduría) y lo pintado,  
20 ellos nos llevan, nos guían, nos dicen el camino.

do, en el hecho de que aparecen allí en abierta discusión los sabios nahuas, defendiendo su manera de ver el mundo ante la impugnación de los frailes. Más adelante nos serviremos también de esta misma obra para el estudio de la concepción náhuatl de la divinidad.

- 21 Quienes ordenan cómo cae un año,
- 22 cómo sigue su camino la cuenta de los destinos y los días y cada una de las veintenenas (los meses).
- 23 De esto se ocupan, a ellos les toca hablar de los dioses.<sup>31</sup>

*Comentario del texto:*

Líneas 2-7. *hay quienes nos guían, nos gobiernan, nos llevan a cuestras, en razón de cómo deben ser venerados nuestros dioses, cuyos servidores somos como la cola y el ala, quienes hacen las ofrendas, quienes inciensen, y los llamados Quequetzalcoa.*

En el *Códice matritense de la Real Academia*, f. 119r y siguientes, se mencionan —después de haber hablado de los sabios— más de 30 clases distintas de sacerdotes. Aquí, en el texto de los *Coloquios*, se termina esta breve enumeración de las diversas especies de sacerdotes refiriéndose a los *Quequetzalcoa* o pontífices. Sahagún mismo señala claramente en varias ocasiones que el título de *Quetzalcóatl* se daba a los sumos sacerdotes o pontífices; así nos dice hablando de uno de ellos que ha dirigido un discurso al nuevo rey: “el orador que hacía esta oración era alguno de los sacerdotes muy entendido y gran retórico, alguno de los tres sumos sacerdotes, que como en otra parte se dijo, el uno se llamaba *Quetzalcóatl*”.<sup>32</sup>

Línea 8. *Los sabedores de discursos.*

*Tlatolmatinime*, cuyo significado literal es “sabios de la palabra”. Sin duda se trata aquí también de los sacerdotes, ya que a continuación en las líneas siguientes se señalan varios de los quehaceres principales de estos sabedores de discursos.

Líneas 14-15. *Los que ven, los que se dedican a observar el curso y el proceder ordenado del cielo.*

*El curso y el proceder ordenado del cielo: in iohltlatoquíliz in inematacachóliz in ilhuícatl.* Dado el rico contenido ideológico de estos términos se hace aquí un breve análisis de ellos. *I-oh-tlatoquíliz*: es ésta una palabra compuesta del prefijo *i-* (su...) que se refiere a *ilhuícatl*: el cielo; *oh-* es el

<sup>31</sup> *Colloquios y Doctrina Christiana... (Sterbende Götter und Christliche Heilsbotschaft...)* Edición de W. Lehmann, Stuttgart, 1949, p. 96-97; *AP I*, 10.

Al principio del capítulo III de este trabajo —donde se expone el pensamiento náhuatl acerca de la divinidad— ofreceremos la respuesta íntegra dada por los sabios a los frailes en la discusión principal que con ellos sostuvieron.

<sup>32</sup> Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, t. I, p. 498.



radical de *ohtli*: *camino*, y finalmente *tlatoquiliztli* (corrimiento), sustantivo derivado del verbo *tlatoquilia*: *correr*. Uniendo estos elementos puede darse esta versión más completa de *i-oh-tlatoquiliz*: *el corrimiento por el camino del cielo*, o sea el curso de los astros, que siguen su camino. El otro término: *inematacachóliz*, está formado por el mismo prefijo *i-* (su...) que se refiere también al cielo; *ne-* es otro prefijo personal indefinido: algunos; *ma-*: radical de *máitl*, mano; *taca*: poner, colocar; y *chóliz(tli)*, sustantivo derivado del verbo *choloa*: huir. Uniendo estos elementos, la voz *i-ne-ma-taca-chóliz* puede traducirse así: *coloca la mano sobre la huida del cielo*, o sea que va midiendo, con su mano, la huida o recorrimiento de los astros. Esta idea de que los astrónomos nahuas no sólo observaban sino medían encuentra doble comprobación en el calendario, que supone rigurosos cálculos matemáticos, y en el más obvio hecho de que la *máitl* (mano) era precisamente una medida entre ellos.

Líneas 17-19. *Los que están mirando (leyendo), los que cuentan (o refieren lo que leen). Los que vuelven ruidosamente las hojas de los códices. Los que tienen en su poder la tinta negra y roja (la sabiduría) y lo pintado.*

Se alude aquí a otra de las ocupaciones principales de los *tlamatinime* o sabios nahuas: leen y comentan la doctrina contenida en los códices. Con una viveza y un realismo maravillosos, se los muestra “volviendo ruidosamente las hojas de los códices”, cosa inevitable ya que, siendo éstos largas tiras de papel hechas con cortezas de *amate* (*ficus petiolaris*) secas y endurecidas, al irse desdoblado necesariamente producían un ruido característico que evocaba la figura del sabio.

Líneas 21-22. *Quienes ordenan cómo cae un año, cómo sigue su camino la cuenta de los destinos y los días y cada una de las veintenas (los meses).*

Son éstos los conocedores de los calendarios: el *tonalpohualli* o cuenta de los destinos, calendario adivinatorio, en función del cual se leían, desde el nacimiento hasta la muerte, los signos que influían en la vida de los hombres y en el acaecer del mundo; y el *xiuhpohualli* o cuenta de los años, formada de 18 veintenas (o meses), a los que se añadían 5 días más —los nefastos *nemontemi*— para completar el año solar de 365 días. Exigiendo estos calendarios complicados cálculos matemáticos, de rigurosa exactitud y universalidad, puede con razón afirmarse que su conocimiento y manejo constituía algo muy semejante a una ciencia.

Notable paralelismo guarda la descripción que aquí se hace de los *tlamatinime* o sabios nahuas con la dada por los viejos informantes

de Sahagún: tanto aquí como allá se dice que ellos son los que poseen e interpretan los códices, los que guardan la tinta negra y roja, *in tllilli in tlapalli*, expresión idiomática náhuatl que, como vimos, significa escritura y sabiduría. Aparece también aquí el sabio como guía, como persona que muestra el camino a los otros: expresiones casi idénticas se encuentran en el texto ya anteriormente ofrecido. Tan interesante concordancia, no buscada, ni artificial, pone de manifiesto una vez más la existencia de auténticos sabios o *tlamatinime* entre los nahuas.

Es más: la clara distinción hecha entre sacerdotes —líneas 2 a 13— y sabios (astrónomos, poseedores de códices y del saber, concededores del calendario y la cronología) —líneas 14 a 23— confirma lo que se ha venido diciendo: tanto los indios informantes de Sahagún, como los que respondieron a los doce frailes, tenían conciencia de que había algo más que el mero saber acerca de sus dioses y sus ritos.

Había hombres capaces de percibir problemas en el “sólo un poco aquí” de todo lo que existe “sobre la tierra”; en la fugacidad de la vida que es como un sueño; en el ser del hombre, acerca de cuya verdad —de su estar o no en pie— poco es lo que se sabe, y finalmente en el misterio del más allá, donde quién sabe si hay o no un nuevo existir con cantos y flores. Por otra parte, esos hombres capaces de oír dentro de sí la voz del problema son los mismos que componen los cantares donde están las respuestas; de ellos es la tinta negra y roja: escritura y sabiduría. Escriben y leen en sus códices. Son maestros de la verdad, tratan de hacer tomar una cara a los otros; se empeñan en ponerles un espejo delante para hacerlos cuerdos y cuidadosos. Y sobre todo investigan con curiosidad insaciable. Aplican su luz sobre el mundo, sobre lo que existe en *tlaltícpac*, y osadamente tratan de inquirir también acerca de “lo que nos sobrepasa, la región de los muertos”.

Y aún hay más. Reflexionando sobre su propia condición de sabios y constatando en sí mismos un anhelo irresistible de investigar y conocer el más allá —lo que está por encima del hombre— certeramente llegan a expresar, engastada en un símbolo, la que podríamos llamar versión náhuatl del “nacer condenado a filosofar”, de que habla el doctor José Gaos:

- 1 Dicen que para nacer (el *tlamatini*): cuatro veces desaparecía del seno de su madre, como si ya no estuviera encinta y luego aparecía.
- 2 Cuando había crecido y era ya mancebillo, luego se manifestaba cuál era su arte y manera de acción.



- 3 Decíase conocedor del reino de los muertos (*Mictlan-matini*), conocedor del cielo (*Ilhuicac-matini*).<sup>33</sup>

Y a estos “predestinados a saber”, a los *tlamatinime*, que en náhuatl quiere decir los *conocedores de cosas*: del cielo y de la región de los muertos, Sahagún los llamó filósofos, parangonándolos con los sabios griegos. Por nuestra parte opinamos que lo hizo sobre una base de evidencia histórica. Los textos nahuas presentados —que no son los únicos que pudieran aducirse— constituyen nuestras pruebas. Toca al lector valorizarlas, en función de lo expuesto al tratar de las fuentes, para formarse por sí mismo un criterio en esta materia.

Conocida ya la figura histórica del *tlamatini* o filósofo náhuatl, pasaremos en los siguientes capítulos —siempre sobre la base de los textos— al estudio directo de su pensamiento y doctrinas. Y no queremos ocultar el hecho de que, a excepción de Nezahualcóyotl, de Tecayehuatzin, de Tlacaélel y de algún otro sabio rey o poeta, poco es lo que podremos decir respecto del nombre y rasgos biográficos de los varios pensadores cuyas ideas se estudiarán.

Una doble explicación puede darse a este hecho. Por una parte, quienes transmitieron las doctrinas filosóficas nahuas fueron, en su mayoría, no los sabios mismos, sino los antiguos estudiantes de los varios *Calmécac* que, habiendo recibido en su época las ideas en boga, no se cuidaron por lo general de dar el nombre de sus maestros. Por otra parte, la elaboración de la filosofía náhuatl no puede atribuirse —al igual que en el caso de los orígenes de la filosofía hindú contenida en los *Upanishadas*— a pensadores aislados, sino más bien a las antiguas escuelas de sabios. Y es que no hay que juzgar puerilmente con el criterio individualista de la cultura occidental moderna las agrupaciones más socializadas de los sabios de otros tiempos y latitudes.

Así, en el mundo náhuatl hay que atribuir el origen último de su filosofía, desde los tiempos toltecas, a toda una serie de generaciones de sabios, conocidos por la más antigua tradición como los que

llevaban consigo  
la tinta negra y roja,

<sup>33</sup> Textos de los informantes de Sahagún: *Códice matritense del Real Palacio*, en edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VI, f. 126; *AP I*, 11. Véase asimismo: Ángel María Garibay K., “Paralipómenos de Sahagún”, *Tlalocan*, v. II, p. 167, lugar de donde tomamos la traducción del citado texto.

los códices y pinturas,  
la sabiduría (*tlamatiliztli*).  
Llevaban todo consigo:  
los libros de canto y la música de las flautas.<sup>34</sup>

Éstos fueron tal vez quienes crearon en fecha remota el símbolo maravilloso del saber náhuatl, personificado legendariamente en la figura de *Quetzalcóatl*.

Mas de lo que se ha dicho sobre la falta de datos biográficos de la gran mayoría de los *tlamatinime* no debe concluirse que desconocieran éstos el concepto y el valor de la persona humana. Sus opiniones sobre este punto, que expondremos al tratar de sus ideas acerca del hombre, prueban radicalmente lo contrario. Y aun el mismo texto ya citado, donde se describe la figura del sabio o “philosopho” náhuatl, que tiene por misión enseñar a los hombres para “hacer que aparezca y se desarrolle en ellos *un rostro*”, así como “poner delante de sus semejantes un espejo”, para que conociéndose se hagan cuerdos y cuidadosos,<sup>35</sup> muestra el gran interés de los *tlamatinime* por acabar con el anonimato humano tan plásticamente descrito por ellos como “carencia de rostro” en los seres humanos.

<sup>34</sup> Textos de los informantes de Sahagún: *Códice matritense de la Real Academia* (edición facsimilar de Del Paso), v. VIII, f. 192r, AP 1, 12. Este mismo texto fue citado por Seler en su trabajo *Das Ende der Toltekenzeit* (en *Gesammelte Abhandlungen...*, t. IV, p. 352), quien indica allí que procede del Catalogue des Manuscrits Mexicains de la Biblioteca Nacional de París, n. 46-58. Dichos documentos forman la llamada por Boturini *Historia tolteca-chichimeca*.

Con el fin de aclarar esta divergencia en las citas, buscamos el texto cuidadosamente en la edición facsimilar que de dichos manuscritos hizo Mengin (volumen I del *Corpus Codicum Americanorum Medii Aevi*) sin encontrarlo. Como hallamos por otra parte dos versiones de él en los textos nahuas de los informantes de Sahagún, parece que se trata de un mero error de Seler al citar. A no ser que, respetando el parecer del notable maestro alemán, supongamos que las líneas citadas se hallen incluidas en algunas de las secciones de los manuscritos 46-58 de la Biblioteca Nacional de París no publicadas en la edición de Mengin. Pues, como lo expresó el señor Barlow al doctor Garibay, habiendo examinado los mencionados documentos de la Biblioteca Nacional de París, pudo verificar que, no obstante los méritos de la edición facsimilar de Mengin, ésta es incompleta. En este caso, tendríamos aquí un nuevo ejemplo de lo bien arraigado de la enseñanza oral impartida a los indios, que les permitió conservar el mismo texto en regiones tan distintas como son aquéllas de donde proceden la *Historia tolteca-chichimeca* (Tecamachalco, Puebla) y los testimonios de los informantes de Sahagún (Tepepulco, Tezcoco y México).

<sup>35</sup> Véase el texto completo ofrecido ya en este mismo capítulo, donde se mencionan estos rasgos profundamente “humanistas” del *tlamatini*.



Y si el rostro es —como se ha probado y se estudiará aún más— el símbolo náhuatl de la personalidad, complementan los sabios nahuas este concepto desde un punto de vista dinámico, añadiendo la mención expresa del corazón —fuente del querer— que, según hemos visto en el mismo texto, “debe ser humanizado” por el *tlamatini*, que da así un carácter genuinamente humanista a su misión de formar hombres en el *Calmécac* y el *Telpochcalli*.



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS